



La palabra heredada
Mis inicios como escritora



Eudora Welty

Traducción del inglés a cargo de
Miguel Martínez-Lage



IMPEDIMENTA



A la memoria de mis padres,
Christian Webb Welty
(1879–1931)
y
Chestina Andrews Welty
(1883–1966)

AGRADECIMIENTOS

El origen de este libro se encuentra en las tres conferencias que pronuncié en la Universidad de Harvard, en abril de 1983, para inaugurar el ciclo dedicado a William E. Massey. Agradezco profundamente la invitación a la Universidad de Harvard y su curso sobre Historia de la Civilización Americana, así como los consejos y la comprensión de su profesor Herbert Donald. Agradezco también a Aida D. Donald, directora ejecutiva de la Harvard University Press, su amabilidad y paciencia durante la preparación de este libro. A Daniel Aaron, cuyas sugerencias sobre el rumbo y el tono que podrían tomar las conferencias me animaron considerablemente a escribirlas, quisiera expresar mi particular gratitud.

JACKSON, MISSISSIPPI, 1983

Cuando era aún tan pequeña como para tardar mucho tiempo en abrocharme los zapatos por la mañana, volvía los oídos hacia el vestíbulo: en el primer piso, en el cuarto de baño, se afeitaba Papá, y Mamá, en la planta baja, freía el beicon. Comenzaban a silbarse el uno al otro por el hueco de la escalera. Mi padre silbaba su frase; mi madre lo intentaba con la suya, y luego la tarareaba. Era su dúo. Yo me abrochaba y desabrochaba los zapatos, y escuchaba: reconocía «La viuda alegre». La diferencia estribaba en que la canción casi levantaba el vuelo entre risas, mientras el disco gruñía desde el principio, como si el gramófono se hubiera quedado sin cuerda. La canción iba y venía entre ambos, subía y bajaba las escaleras, y en uno de los peldaños yo me preparaba para bajar a todo correr y enseñarles lo bien que me había abrochado los zapatos.

I. ESCUCHAR

EN NUESTRA CASA de la calle North Congress, en Jackson, Mississippi, donde nací en 1909 como la mayor de tres hermanos, crecimos acostumbrándonos al tictac de los relojes. En el vestíbulo se alzaba un reloj de roble, de estilo misión, que propagaba sus campanadas —como un gong— por el cuarto de estar, el comedor, la cocina y la despensa, y a través de la tarima resonante del hueco de la escalera. A lo largo de la noche las campanadas se abrían paso hasta nuestros oídos; a veces nos despertaban a medianoche, mientras dormíamos al fresco, en el porche. En el dormitorio de mis padres otro reloj de mesa, más pequeño, le contestaba. Frente al silencio del reloj de la cocina marcaba las horas el cuco del comedor, cuyas pesas pendían de largas cadenas: de una de ellas mi hermano, tras encaramarse en una silla al aparador que guardaba la porcelana, colgó al gato durante un instante brevísimo. No sé si la familia de

mi padre, emigrantes suizos llegados a Ohio alrededor de 1700, tenían o no algo que ver con esto, pero durante toda la vida nuestra mentalidad la dominó el tiempo. Esto debió de ser bueno para la futura escritora de ficción que latía en mí, capacitándome para entender de manera tan intensa, y casi en primer lugar, todo lo relacionado con la cronología. Se trataba de una de las muchas cosas beneficiosas que aprendí sin saberlo siquiera: allí me aguardaba, al alcance de la mano, para cuando lo necesitase.

Mi padre adoraba todos los instrumentos que sirvieran para instruir y fascinar. Los guardaba en un cajón de la «mesa de la biblioteca», en la cual —sobre sus mapas enrollados— reposaba un telescopio de latón con el que mirábamos, desde el jardín delantero, la luna y la Osa Mayor después de cenar, y gracias al cual no faltábamos a las citas con los eclipses. Había una Kodak de fuelle que se utilizaba en los cumpleaños, las Navidades y las excursiones, y rebuscando en el cajón se hallaban una lupa, un caleidoscopio y un giroscopio protegido en una caja de bucarán negro, que solía danzar ante nosotros sujeto de un cordel. Atesoraba también un juego de rompecabezas compuestos de anillas de metal, de hebillas que se entrecruzaban y de llaves encadenadas que a sus hijos, por más paciencia con que encarásemos el reto, nos resultaban imposibles de deshacer; la suya era una adoración casi infantil por todo lo que implicase ingenio.

Con el tiempo, a una de las paredes del comedor adosó un barómetro que nunca llegamos a necesitar. Mi padre poseía la sabiduría exacta propia de los chicos del campo

sobre el cielo y la climatología. Se asomaba al porche, deteniéndose bien temprano en uno de los peldaños; echaba un vistazo y husmeaba el aire. Era un magnífico previsor del tiempo.

—Bueno, pues conste que yo no —admitía mi madre con enorme complacencia.

De niños nos enseñó a comportarnos si nos perdíamos en un lugar desconocido.

—Mirad al horizonte, a ver por dónde está el cielo más brillante —dijo—. Por allá estará el río más cercano y, si camináis hacia él, no tardaréis en encontrar algún lugar habitado.

Guardaba en la cabeza las eventualidades y los imprevistos. En su afán por cuidar de nosotros nos advertía que tomásemos medidas para prevenir tragedias tales como el rayo. Si se producía una de esas serias tormentas eléctricas, tan comunes en la zona en la que vivíamos, nos apartaba de inmediato de las ventanas. Mi madre, en cambio, se mantenía al margen, burlándose de las precauciones como si translucieran una falta de carácter.

—¡Pero hombre, si a mí siempre me han gustado las tormentas! ¡Allá en Virginia nunca me preocuparon los vendavales! Escucha y verás. ¡Jamás me asustaron unos cuantos rayos y truenos! ¡Me encantaría subir a una montaña, extender los brazos y correr bajo una buena tormenta!

Por todo esto desarrollé, otro rasgo más, una intensa sensibilidad meteorológica. En años sucesivos, al empezar a escribir relatos, la atmósfera desempeñó un papel fundamental desde el primer momento. Una conmoción de

la climatología y los sentimientos despertados por tal perturbación estática se entrelazarían de forma dramática: mi primer intento lo protagonizó un tornado, en un relato titulado «Los vientos».¹

Desde las primeras Navidades, Santa Claus nos obsequiaba con juguetes que sirvieran para educar a los niños y las niñas (por separado) en la construcción de objetos: bloques de piedra cortados como sillares para levantar castillos, juguetes de hojalata, mecanos. Papá nos fabricaba cometas muy elaboradas, y para volarlas caminábamos con ellas fuera de la ciudad, a un prado lo suficientemente amplio (y a mi padre no le asustaba que los caballos o las vacas nos mirasen) para que él echase a correr con un extremo del cordel mientras mi madre sostenía el huso y nosotros la cometa, que se estremecía entre nuestras manos, como dotada de vida propia. Eran cometas hermosas, recias, en forma de caja, que mantenían un delicado olor a cola de pegar durante sus fugaces vidas. Y, cómo no, en cuanto los chicos alcanzaron la edad, recibieron de regalo un tren eléctrico con una locomotora alumbrada por un faro del tamaño de un guisante, con sus vagones, sus agujas de las vías y sus semáforos, con su estación, su túnel y sus dos

1. «The Winds» («Los vientos») consta como uno de los primeros relatos escritos por Eudora Welty. A pesar de que data de 1932, solo sería publicado al incluirse en su primer libro de relatos *Una cortina de follaje* (1941), que prologaría la mentora de Welty, Katherine Anne Porter, y que constituiría un gran éxito. El relato es una pieza narrativa que tiene como tema la iniciación femenina con el trasfondo de un tornado que asoló la ciudad nativa de Welty, Jackson, en el estado de Mississippi. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son del editor.*)